



Chiquita Barreto Burgos

▽△

La niña del violín

Teresa trabajaba con la familia León desde los dieciocho años. Hacía veinte.

Le pagaban bien. Le trataban bien.

Hasta le compraron un terreno y le ayudaron a construir una casita, para que tuviera un techo donde guarecerse de la llovizna otoñal de los años y no se humedeciera de congoja sus hábiles manos ni se nublara por el desamparo su eficiencia doméstica.

Era como de la familia.

Sin embargo, Teresa le guardaba a su patrona un profundo rencor, como un río subterráneo, hábilmente disimulado en comiditas de enfermos y tecitos preparados con veneración casi amorosa a la señora eternamente indispuesta e irrealmente hermosa.

A dos años de trabajar en la casa, Teresa tuvo un amante, el único de su vida: fue un romance a oscuras, porque el hombre llegaba y se iba en la penumbra, y sólo le dejaba el susurro de su voz en las telarañas del sueño, su olor vagando en el cuarto y el manantial lechoso entre las piernas.

La patrona vislumbró algo en el andar dormido de Teresa y una madrugada, cuando el visitante nocturno salía sigiloso por el largo corredor oscuro, la señora disparó un tiro al aire y las visitas terminaron para siempre.

El hombre cuya única identidad eran la voz de lluvia y el olor vegetal, no volvió nunca a poblar el laberinto de los sueños de Teresa ni a sembrar semillas desatinadas en el surco incierto de su vientre.

-8-

Ella no se preguntó jamás si aquellos latidos descompasados¹ de su corazón, el temblor de sus enaguas mojadas con olor de ajeno, o el terremoto suave que ponía en su garganta aullidos de agonía era amor, pero sintió sus entrañas llenársele de muertes con la ausencia del desconocido.

Ambas mujeres envolvieron el secreto compartido en un paño de silencio. No hubo comentarios, como si la noche no hubiera registrado en su seno de terciopelo oscuro ese estallido corto y seco.

A los cuarenta años la señora León iba perdiendo las esperanzas de tener un hijo y lo comentaba dolorida con la muchacha que después de tantos años de servicio en la casa era la depositaria de infinitas confidencias.

Los León conocían su discreción² y confiaban ciegamente en su fidelidad, tanto, que ambos confidenciaban con ella y no tenían reparo en ventilar en su presencia sus conflictos más íntimos.

Desde que terminó su casa después de largos meses de asombro por cada hilera de ladrillos, y cada viga de madera misteriosa de selva, por cada abertura cerrada con su carga de cegueras puerta afuera, Teresa pasaba los fines de semana allí, generalmente tirada en la cama chupando a sorbos lentos su mate de leche y canela y rememorando con intensidad sus lejanas noches de amor.

El discurrir del tiempo fue dejando diminutas marcas en el mapa solitario de su cuerpo y gotas agridulces en su alma.

-9-

Una mañana como tantas otras que fue a llevarle un tecito de tilo a la señora, recostada lánguidamente en la amplia y espléndida cama matrimonial, descubrió en el rostro de porcelana una finas arrugas y se le ocurrió cobrarle aquel maldito tiro. Inventó la primera mentira de su vida; con fingido pudor, en tono compungido le dijo a la mujer:

-Señora, no sé como decirle, a mi edad... me da tanta vergüenza, pero ustedes son mi única familia y tarde o temprano lo van a descubrir... estoy embarazada.

Se restregó los ojos simulando secar unas lágrimas ausentes y esperó su reacción.

Vio como una ráfaga de honda ternura cruzaba el pálido rostro de lirio.

La dama de porcelana marchita dejó el té sobre la mesa de noche, la envolvió con una mirada húmeda desde las piernas de azuladas venas pasando por las manos toscas hasta detenerse en el pozo de insondable oscuridad de los ojos que miraban algún punto inexistente, la atrajo hacía su pecho y la abrazó largamente.

Se contrató otra criada para que la futura madre no se fatigara.

Teresa fue aumentando gradualmente la almohadilla con que disfrazaba su vientre liso y la volvía casi sagrada ante los ojos de la patrona, en cuyas entrañas los años de espera inútil, había plantado una apagada congoja.

-10-

No sabía qué final tendría su farsa, pero la disfrutaba. Cuando llegara el momento tal vez desaparecería por un tiempo, para regresar con alguna historia conmovedora.

No le interesaba el final.

Era tan opaca su vida, tan perdida entre platos repetidos semanas tras semanas, el favorito de la señora, el predilecto del señor y ella sin ninguna historia, tan confiable y juiciosa...

Gozaba melosamente fingiendo un andar lento y pesado, sonriendo secretamente a su imagen reflejada en los espejos de la alcoba matrimonial, en los ventanales de vidrios, en los pulidos pisos, y hasta recuperó la memoria de aquel delicioso olor que el rencor había arrinconado en alguna esquina de sus escasos recuerdos.

Sin embargo, con el correr sin pausa de los días fueron disminuyendo las delicias que le ofrecía su gravidez ficticia, obligándola a detener sus pensamientos en el irremediable momento de la verdad.

Un lunes, dos semanas antes del tiempo calculado para el parto de mentira, después de dos noches de insomnio, regresaba temprano a su lugar de trabajo, decidida a contar en algún momento de ese día la verdad.

La tonta historia llegaría a su fin ese día.

¡Cuánta tristeza desvestida de pudor deberá extender como un mapa, y señalar en su intrincada geografía el itinerario de su inútil mentira, para pedir comprensión!

¡Cuántas puertas deberá abrir corazón adentro, para hacerse entender!

-11-

Apresuró sus pasos para alcanzar la entrada de servicio, se sentía bien llegando antes que la nueva criada -la mirada de aprobación de la patrona le proporcionaba un placer

extra-. Se detuvo sorprendida: bajo la exuberante cascada lila de la santa rita en flor, y la silueta aún imprecisa de las casuarinas se hallaba un bulto extraño: era un gran canasto de mimbre, de lo que usan en las panaderías, cubierto con una franela rosa.

Intuyó su contenido y se le desbocó el corazón; las piernas trenzadas de gruesas sogas azules se le volvió de trapo, y un relámpago estalló en su mente. Por un segundo, pensó en alguna trampa tendida por alguien que conocía su secreto.

Respiró profundamente llenando sus pulmones del aire fresco de la mañana y retornó a la vida, a ese lunes, a esa hora. Miró la calle desierta, el sol asomando como una margarita de oro y se abalanzó sobre el gran regalo y emprendió el camino de regreso a su casa con su cargamento de milagro.

Era una niña recién nacida y un violín.

Después del parto siguió trabajando en la casa de los León y su hija se integró sin sobresaltos a la familia.

Con el tiempo la niña se convirtió en una virtuosa del instrumento y recorría el mundo ofreciendo conciertos, siempre acompañada del señor y la señora León, sus protectores, quienes con la maternidad de Teresa también llenaron sus anhelos de tener descendencia.

Nadie pregunto sobre el origen del magnífico -12- violín, pero en las noches de vigilia a Teresa le vagaba en la cabeza como un planeta desquiciado, la incandescencia de la clave.

Para el Concierto de la Tierra, en Río de Janeiro, venciendo su terror a los aviones, Teresa, acompañó a su hija.

Salió por única vez del pequeño territorio conocido. Y por única vez vio a su niña del violín, como le gustaba llamarla en lo hondo de su corazón, ejecutando el instrumento, ante un gran público que le escuchaba embelesado³. Ella también se entregó al sortilegio del sonido. Sintió erizársele la piel por la caricia melódica, sus carnes enteramente atravesadas⁴ por las sonoras flechas disparadas desde el arco mágico por las manos brujas de su niña. Tuvo conciencia que su cuerpo perdía peso; con los ojos cerrados fue levitando mientras la música se alejaba y una gran puerta se abría ante ella; un tropel de imágenes volaban acompañándola y un lánguido placer la envolvió como una manta de plumas, al transponer el umbral luminoso.

Las figuras difusas se hicieron claras y concretas: bajo los párpados cerrados por un peso intolerablemente dulce, surgieron recreadas su infancia solitaria, su juventud brincando como aceite hirviendo en las venas, el amante desconocido apaciguando sus ansias y luego aquel rencor viscoso amargando su saliva por tanto tiempo.

En el preciso momento de ser tragada por la silenciosa y oscura galería supo la verdad: vio el canasto con su niña en el amanecer amarillento y escuchó aquellas palabras que en los momentos de reposo de sus lejanas noches de amor se le pegara al oído como algo misterioso: STRADIVARIUS.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

